

Yo sé bien que para vd., como metafísico que es, mientras no vea en los escritos filosóficos ni simbolismos ni tecnicismos escolásticos, solo ha de encontrar sencillos relatos y declamaciones. Para vd. ha de tener más valor el guarismo 3, que represente tres cargas de trigo, que el trigo mismo, en cuanto á que, siendo el

CARTA SEPTIMA.

TEORIA DE LO ABSOLUTO.

A D. JOAQUIN CALERO.

Observar relaciones, confirmar juicios por nuevas observaciones, ó corregirlos observando nuevamente: he aquí, pues, lo que la naturaleza nos obliga á verificar; y nosotros no hacemos más que efectuarlo y repetirlo á cada nuevo conocimiento que adquirimos. Tal es el arte de razonar, tan sencillo como la naturaleza que nos lo enseña.

Hemos, pues, olvidado estas lecciones en razón á que, en lugar de observar las cosas que pretendíamos conocer, hemos querido imaginarlas.

Nada observamos; no sabemos cuanto precisa observar; juzgamos á la casualidad, sin darnos cuenta de los juicios que hacemos, y creemos adquirir conocimientos, aprendiendo palabras que no son más que palabras. Porque, en nuestra infancia, pensamos por los otros, adoptamos todos sus errores; y cuando llegamos á una edad en que creemos pensar por nosotros mismos, continuamos pensando todavía por los demás, porque pensamos por los errores que ellos nos han transmitido. Entonces, cuanto más parece progresar el espíritu, más se extravía, y los errores se acumulan de generación en generación. Cuando las cosas llegan á este punto, no hay más que un medio para establecer el orden en la facultad de pensar: consiste en olvidar todo lo que hemos aprendido, volver á tomar nuestras ideas en su origen, seguir su generación, y rehacer, como Bacon dice, el entendimiento humano.

(CONDILLAC.—Lógica.)

Yo sé bien que para vd., como metafísico que es, mientras no vea en los escritos filosóficos ni simbolismos ni tecnicismos escolásticos, solo ha de encontrar sencillos relatos y declamaciones. Para vd. ha de tener más valor el guarismo 3, que represente tres cargas de trigo, que el trigo mismo, en cuanto á que, siendo el

CARTA SEPTIMA.

TEORIA DE LO ABSOLUTO.

A D. JOAQUIN CALERO.

Observar relaciones, confirmar juicios por nuevas observaciones, ó corregirlos observando nuevamente: he aquí, pues, lo que la naturaleza nos obliga á verificar; y nosotros no hacemos más que efectuarlo y repetirlo á cada nuevo conocimiento que adquirimos. Tal es el arte de razonar, tan sencillo como la naturaleza que nos lo enseña.

Hemos, pues, olvidado estas lecciones en razón á que, en lugar de observar las cosas que pretendíamos conocer, hemos querido imaginarlas.

Nada observamos; no sabemos cuanto precisa observar; juzgamos á la casualidad, sin darnos cuenta de los juicios que hacemos, y creemos adquirir conocimientos, aprendiendo palabras que no son más que palabras. Porque, en nuestra infancia, pensamos por los otros, adoptamos todos sus errores; y cuando llegamos á una edad en que creemos pensar por nosotros mismos, continuamos pensando todavía por los demás, porque pensamos por los errores que ellos nos han transmitido. Entonces, cuanto más parece progresar el espíritu, más se extravía, y los errores se acumulan de generación en generación. Cuando las cosas llegan á este punto, no hay más que un medio para establecer el orden en la facultad de pensar: consiste en olvidar todo lo que hemos aprendido, volver á tomar nuestras ideas en su origen, seguir su generación, y rehacer, como Bacon dice, el entendimiento humano.

(CONDILLAC.—Lógica.)

Yo sé bien que para vd., como metafísico que es, mientras no vea en los escritos filosóficos ni simbolismos ni tecnicismos escolásticos, solo ha de encontrar sencillos relatos y declamaciones. Para vd. ha de tener más valor el guarismo 3, que represente tres cargas de trigo, que el trigo mismo, en cuanto á que, siendo el

guarismo 3 un símbolo abstracto, le ha de seducir y le ha de encantar, pues lo ha de hallar más afin con la naturaleza abstracta de la *chispa divina* de que cree está constituido su espíritu; así como á las cargas de trigo las ha de tachar de *sustancia vil*, más digna de armonizarse con el realismo de los filósofos naturalistas.

Digo esto, porque ¡admírese vd! voy á hablar de lo absoluto.

Cuando después de estudiar la noción de lo absoluto me encontré con que me aturdían y me embrollaban tantas palabras huecas y tantas sutilezas, con las cuales los divinos *doctores* procuraban afectar que definían; pero advirtiéndome que con sus embrollos manifestaban que no comprendían lo que querían definir, tomé el partido que en muchos casos he seguido, y que me ha dado buenos resultados, esto es, pasarme sin ellos y atenerme orgullosa y soberbiamente á mis propias fuerzas. Entonces me dije: ¿Qué, los disciplinadores del lenguaje, acaso lo han formado? ¿No el sentido común es el que manifiesta siempre, sin previa definición, lo que quiere decir tal ó cual palabra? ¿No el discurso diario y constante, ya oral, ya escrito, me ofrece la escuela práctica de las acepciones? ¿No es acaso esta escuela práctica la sola y única fuente en la cual bebe el que define las voces? Pues, entonces, aténgome á esa escuela y busco las causas que engendran tantos y tantísimos embrollos cuantos ofrecen las definiciones que se han dado de la palabra absoluto.

Hallo, pues, que la causa fundamental de tanto embrollo radica — ¡cuándo no! — en las lucubraciones de los señores *asbtractos*, quiere decir, en los señores que per-

siguiendo mitos y fantasmas se han empeñado en definir atributos divinos que solo tienen existencia en su fantasía, y se afanan en querer que haya un ENTE ABSOLUTO Y MARAVILLOSO, QUE NINGUN HUMANO LO CONOCE, QUE NADIE HA DESCORRIDO EL VELO QUE LO OCULTA Y QUE NADIE LO PODRÁ CONOCER.

¡Qué tal!... ¿eh?

Y luego exíjasele á vd. que se esté quieto, y que no declame. ¡Cómo no se han de sublevar los fueros de la razón para protestar de semejantes barbaridades!

Si pues ningún humano lo conoce, ni lo conocerá jamás, entonces, ¿sobre qué datos descansa la afirmación de su existencia? O los que la afirman no son hombres, y si seres celestiales, embajadores incógnitos que vienen de tapadilla para dar á conocer la existencia de su Monarca, por medio de sandios acertijos, ó, si no son tales embajadores y si humanos con igual origen que el hotentote, entonces la tal afirmación tiene que ser despreciada como un insulto que la culta razón rechaza indignada.

Pero volvamos á la definición y al embrollo de la definición, antes de que me vaya yo á embrollar con esos señores embrolladores.

Del estudio detenido que de la palabra absoluto hice en la escuela práctica de las acepciones, vine á obtener las siguientes nociones:

*Primera:* Absoluto, en cuanto á idea de unidad íntegra é infinita.

*Segunda:* Absoluto, en cuanto á idea de propiedades ó atributos *íntegros é ilimitados*.

Dato positivo, único para llegar al concepto de estas

nociones: la comparación del más y del menos de los elementos relativos que son el patrimonio de la humanidad terrestre.

Con estas nociones fundamentales, entré al estudio de los tres términos capitales que interesan á la filosofía sintética, y son: origen, estado presente y destino futuro de los elementos cósmicos.

*Primer término ú origen:* La ESENCIA INCREADA, absoluta en cuanto á unidad íntegra é infinita, y absoluta en cuanto á integridad ilimitada del atributo simplicidad.

*Segundo término ó estado actual:* La ESENCIA INCREADA, absoluta en cuanto á unidad íntegra é infinita, y relativa en cuanto á las propiedades y atributos limitados de sus elementos múltiples, varios y en vía de perfección.

*Tercer término ó destino futuro:* La ESENCIA INCREADA, absoluta en cuanto á unidad íntegra é infinita y absoluta también, en cuanto á los elementos múltiples y varios que la constituyen, los cuales elementos, en cada uno de sus estados, serán perfectos, por lo ilimitado de sus propiedades y atributos, peculiares á cada estado y naturaleza.

Fundamento para distinguir esos tres grandes términos del elemento cósmico: *La ley del progreso*, observada y experimentada en el medio positivo, real y verdadero del mundo objetivo que nos rodea.

Estamos colocados en el medio de presente relatividad, y por el conocimiento de esta ley de progreso inferimos dos estados absolutos. ¿Descendemos? Llegamos á la noción de lo absoluto simple. ¿Ascendemos?

Llegamos á la noción de lo absoluto complejo, armónico y perfecto.

Ninguno de estos dos absolutos existe; de ahí nuestra confusión y nuestra imperfecta noción para inferirlos; pero la base sólida, positiva y conocida del término existente, constituido por el mundo que nos rodea, nos ofrece premisas de poderoso valor inductivo para llegar á estas afirmaciones:

*Primera.* Existió la simplicidad absoluta.

*Segunda.* Existirá la perfección absoluta.

Por más que con cándidas lucubraciones los metafísicos se empeñen en hallar otras fuentes de conocimiento, los hechos se encargarán de mostrarles siempre, que no hay otro manantial que el ofrecido por el mundo objetivo, el cual suministra elementos que la razón compara, contrasta y combina para sacar sus inferencias.

Si tenemos, pues, nuestras imperfectas nociones de lo eterno, de lo infinito y de lo absoluto, es tan solo debido á que conocemos en el orden respectivo de cada una de estas nociones, el elemento limitado que comparamos en la escala de lo menos á lo más. Con respecto á lo eterno, llegamos á su inferencia por los períodos de un tiempo pasado, que conocemos, que se enlazan con un presente dado, el cual á su vez se torna en pasado, trayendo al presente un futuro esperado. Así sucesivamente, encadenando estos términos limitados y conocidos, llegamos á la noción del tiempo ilimitado, que es lo que constituye la idea abstracta de lo eterno.

Con respecto á lo infinito, sucede lo propio, esto es,

que lo inferimos por los términos limitados y conocidos que se extienden en la escala de lo menos á lo más. Si imaginamos una esfera microscópica, tal como el glóbulo sanguíneo; si á esa esfera microscópica le vamos dando en nuestra mente un aumento de capas superpuestas, que en progresión ascendente le hagan llegar hasta las dimensiones de nuestro globo terrestre, tenemos con esto una serie de términos aumentativos que nos sirven de conceptos conocidos, de dimensiones limitadas que se encadenan en un orden progresivo, bastante para que de estos elementos conocidos caminemos sobre su firme apoyo, en el terreno abstracto, para seguir imaginando que en cualquier término de crecimiento á que pudiéramos hacer llegar esa esfera, siempre habría una envolvente más que aumentar en nuestra mente, sin que nuestra razón se detuviera ante el imposible de poder imaginar siempre una envolvente más.

Por tales medios llegamos á la noción de la dimensión ilimitada, que es lo que constituye la idea abstracta de lo *infinito*.

Con respecto á lo *absoluto*, también es una noción que inferimos, por los términos que nos son conocidos, sirviéndonos en esta vez la noción de lo *infinito*. Si pues conocemos el mundo objetivo y limitado que nos rodea, y con auxilio de la noción que tenemos de lo infinito, inferimos un todo ilimitado que se extiende en ese infinito, obtenemos la idea abstracta de lo *absoluto*.

Ahora bien; así como para adquirir estas nociones hemos visto que la existencia de los términos limitados que conocemos nos las demuestran y aseguran, así por

el contrario, vamos á ver cómo del análisis que hagamos de esos términos limitados y conocidos, nos resulta la negación de los atributos de perfección *divina y absoluta* que místicos y metafísicos han supuesto sin más elementos que las lucubraciones cándidas que por tradición nos legaran los primitivos *pensadores* de la naciente humanidad terrestre.

*Atributo amor.* Tomemos este atributo que en el orden afectivo representa la síntesis de todos los generosos afectos del espíritu; pues si bien se examina, de él se derivan: caridad, compasión, ternura, etc. ¿Cómo nos es conocido el atributo amor? Por el término limitado que lo posee: el hombre.

Pues bien; sigamos el mismo camino que emprendimos para llegar á las nociones antes adquiridas. ¿Qué sucederá, pues?

Sucederá que en el terreno abstracto llegaremos á la noción de un amor ilimitado, absoluto; pero que nos ofrece un imposible, un absurdo según voy á demostrar.

Hemos visto que tratándose de lo *eterno*, los elementos limitados no excluyen su noción, y por el contrario la sostienen y la afirman; hemos visto lo propio tratándose de lo *infinito*; y con relación á lo *absoluto*,—*como unidad íntegra é ilimitada*,—hemos examinado lo propio; pero he aquí que tratándose de atributos llevados por concepción abstracta hasta lo ilimitado, nos ofrece la causa de los embrollos metafísicos; pues al advertir que en el elemento limitado y conocido existe la imperfección del atributo amor, decimos: el elemento imperfecto al cual no le alcanza la acción absoluta del *supues-*

to amor ilimitado excluye á éste y hay que decir en buena lógica: tratándose del atributo amor solo se encuentra y solo se puede encontrar, en estado de perfección relativa; puesto que, la naturaleza del elemento conocido, único que puede servir de dato para alcanzar la noción que buscamos, al ser imperfecto, trae la consecuencia evidéntisima de que en el absoluto total no está el *absoluto amor*; porque la parte conocida, que es imperfecta, lo niega en sí misma y en cuanto á que los elementos ultra-observables tampoco lo podrían ser desde el momento que su cualidad *absoluta* es negada por su impotente acción sobre el elemento imperfecto que en tal situación existe.

Esto que hemos dicho tratándose del *amor*, que es síntesis afectiva, podemos decir de la *sabiduría*, como síntesis de conocimiento, y del *poder* como síntesis de voluntad, cuyos tres atributos, en el hombre, constituyen la síntesis de *conciencia*.

Como el fundamento mayúsculo de mis críticos radica en su persistente afán de querer una *conciencia divina*, trataremos detenidamente este punto; pues aunque los atributos, *amor* como síntesis afectiva, *sabiduría* como síntesis de conocimiento, y *poder* como síntesis de voluntad, integran el todo *conciencia*, y lo que se ha dicho de las partes puede decirse del todo, quiero tratar especialmente este punto.

Si ascendemos, partiendo del dato único que tenemos con relación á la *conciencia*, esto es, la limitada conciencia humana, encontramos el propio absurdo que cuando queríamos hallar un *amor absoluto*, esto es, que la *conciencia absoluta* la niega en sí mismo lo imperfec-

to del elemento conocido, y la excluye, la manifestación impotente de una acción que no se manifiesta *absoluta* obrando sobre el elemento imperfecto.

Lejos de observarse manifestaciones de una *conciencia* superior á la del hombre, la cual regulara y corrigiera sus *inconciencias*, encontramos que la conciencia humana es la única que se afana por corregir sus imperfecciones, y las imperfecciones de la *inconciencia* de los elementos sub-humanos.

¿No le parece á vd. que ahí, donde la *inconciencia* de un pequeño niño le hace tirar de las mantillas de su hermanito que está en la cuna, haciéndole caer y causándole la muerte, debería proveer la conciencia absoluta para evitar semejante monstruosidad? ¿No le parece á vd. que ahí donde la *inconciencia*, también de un pequeñuelo, le hace prender las cortinas de un lecho, determinando el incendio de una finca y la ruina y desgracia de una ó varias familias, no le parece á vd., que en semejante hecho habría forzosamente de manifestarse, para evitarlo, la *conciencia absoluta*?

¿No le parece á vd. que ahí, donde la imperfecta conciencia humana arma miles de brazos asesinos para perpetrar fiera matanza, como las clásicas y espeluznantes hecatombes de la San Bartolomé y de Bizancio, debería intervenir la *conciencia absoluta* para evitar tales monstruosidades?

¿No le parece á vd. que ahí donde la *inconciencia* de los elementos sub-humanos producen un estado patológico *preciosísimo*, cual lo es el de la viruela negra,— el cual, entre paréntesis, se lo ofrezco á vd. como modelo de palpitante elocuencia para que lo recojan los

metafísicos y lo puedan exponer como *dato positivo* que afirma *lo absoluto perfecto*—no le parece á vd., digo, que ahí cuando la *inconciencia* de los elementos sub-humanos produce esas monstruosidades, la conciencia humana descubre la vacuna para prevenirlas? ¿No le parece á vd. que cuando la *inconciencia* de esos mismos elementos sub-humanos no amparan las condiciones fecundadoras de la tierra, viene la ciencia agrícola del hombre, abona el estéril suelo y lo hace productor?

¿No le parece á vd. que ahí donde la *inconciencia* de los elementos sub-humanos lanzan el traidor y mortífero rayo, la conciencia humana lo refrena y sujeta? ¿No le parece á vd. que ahí cuando los elementos sub-humanos arrastran impetuosas y devastadoras corrientes neptunianas, la conciencia humana inventa diques que detengan sus desastrosos efectos?

¿No le parece á vd. que ahí donde la *inconciencia* de los propios elementos sub-humanos han colocado los océanos, que separando los continentes, separan á los miembros de la gran familia humana, el hombre ha corregido la aberración de la *inconciencia*, cruzando los hondos abismos en alas del vapor y tendiendo el hilo conductor que transmite sus ideas diariamente del uno al otro continente?

Pero cese la exposición de los hechos que podrían parecerle á vd. testimonio irrecusable de que no hay más conciencia, propiamente tal, que la conciencia humana, pero que no le parecerán á vd. jamás suficientes, en tanto que avasalle su razón á efecto de su *bendito miedo por lo divino*.

Ahora bien, si no se registra un solo hecho positivo

que acuse la existencia de esa fantástica conciencia divina; si por el contrario, todo á gritos está diciendo: ¡tontería! ¡quimera! ¡niñería! ¿á qué ese tenaz empeño de sostener lo que ya es un insulto vergonzoso á la sana razón?

Quando la noción de lo absoluto la analizamos bajo el concepto de unidad íntegra é ilimitada, ningún conflicto se presenta ante la razón y antes bien nos afirma y nos ilustra en nuestra convicción; pero cuando esa noción se analiza bajo el concepto de *absolutos* y *divinos atributos*, el absurdo resalta, rompemos con la armonía lógica, y tornamos á la imbecilidad del cándido dogma.

Analícese la acción de una *conciencia absoluta*, en cuanto la admite mi sistema, y entonces las perfecciones é imperfecciones existentes quedan explicadas. Esto es, una *conciencia absoluta* únicamente en cuanto á *unidad íntegra é ilimitada*, es decir, el *absoluto total*, que contiene, desde la conciencia colectiva en sus múltiples estados de desarrollo, hasta la *conciencia propiamente tal*, que se realiza y se concreta en la individualidad humana, y tal conciencia, considerada en su más lata universalidad, reaccionando y obrando en el *absoluto total*. Entonces nos explicamos qué clase de *semi-conciencia* es la que engendra las agrupaciones moleculares, y más tarde la sencilla ley de gravedad que realiza LA GRANDE pero SENCILLA masa de la estrella,—que es motivo de *argumento* poético para exaltar las lucubraciones divinas, de los divinos metafísicos.—Entonces nos explicamos también cuál es la *semi-conciencia* que engendra la termo-dinámica que habrá de pro-

ducir las variedades del mineral; y la *sub-conciencia* que más tarde constituye la vida vegetal y animal, en cuyos términos comienza á ensayarse con el carácter individual, que se completa y se determina en el hombre, que es quien llega al conocimiento consciente de su existencia y del mundo que le rodea.

Quien exento de *ceguera deista* examine el atributo conciencia bajo este punto de vista, que dejo expuesto, cesará en la candorosidad de pedir una *conciencia mágica*.

Encontrará que, *el absoluto total*, no es un monarca caprichoso, no es un padre — que parecería padrastró — ni es un gigante que con tremendas manazas impulsa los soles y los sistemas, y sí es la ESENCIA INCREADA, cuyos múltiples y varios elementos, en vía de perfección, por energía *inteligente é inmanente* que es atributo de su naturaleza, caminan hacia la perfección ilimitada de sus peculiares atributos. Los que esto admitan, se unirán con los libertos que la manumisora *filosofía natural* redime de la *abyecta esclavitud deista*, hija de los *pensadores* de la selva.

La razón adulta protesta enérgicamente en contra de tantos ultrajes hechos al buen sentido y pide que solo quede en pie la tradición *divina* entre las tribus salvajes del Africa Central, y entre una que otra viejecilla beata que armada de rosario y de agua bendita, ignorando la muerte de los *mitos diabólicos y divinos*, se desate en furibundos rezos, achacándole al difunto Diablos sus pecadillos lúbricos de sus mocedades, y pidiéndole al también difunto Dios-mito que le reserve un rincóncito holgado en su Celestial Imperio.

Ahora bien, de lo expuesto vengo en conclusión á las siguientes afirmaciones:

En cuanto á duración, afirmo lo *eterno*.

En cuanto á dimensión, afirmo lo *infinito*.

En cuanto á integridad ilimitada de la unidad cósmica, afirmo lo *absoluto*.

En cuanto á los atributos de los elementos que constituyen la unidad absoluta, afirmo la perfección relativa que han adquirido por evolución ascendente, viniendo desde el seno de la simplicidad absoluta, y caminando hasta la perfección ilimitada ó absoluta.

Si mi ilustrado crítico hubiera estudiado mi sistema *con la fuerza de inteligencia* que él aconseja para emprender los estudios filosóficos, hubiera entendido todo esto y no hubiera dicho que mi sistema era un *pante-comatismo*; mas si como es probable, tampoco entiende vd. esta explicación, y sigue viendo tan solo en mis escritos simples relatos y declamaciones, entonces no hay más que esperar á que sane de su enfermedad de *furor metafísico*, con grave complicación de *amor propio*.

Quizás para vd., señor crítico, todo esto que he dicho se le ofrecería con signos de algún valor si para exponerlo hubiera empleado algunos millares de palabras cabalísticas que hubieran formado grandes volúmenes. Pero en cambio, aquellos de mis lectores que estén animados del espíritu moderno, que desprecia las grandes bolas de paja, se alegrarán de ver condensadas mis ideas con relación á lo absoluto, en unas cuantas páginas.

¿Son admisibles? ¿Están racionalmente fundadas?

Tanto mejor.

¿No lo están?

También mejor; pues, en primer lugar, no he torturado la atención del lector con largas páginas de palabras cabalísticas, y por otra parte, no encubro mi torpeza afectando profundidad de ideas, con profundidades y abismos horrorosos de frases incomprensibles, como sucede en los grandes escritos metafísicos.

Dirá vd. que las explicaciones que ahora hago no las hice en mi sistema; pero debe comprender mi ilustradísimo crítico, que debía yo ser consecuente con la máxima de Diderot que puse como epígrafe á la cabeza de mi sistema, y la cual aconseja hacer llegar la filosofía hasta el pueblo. Por eso es que me guardé muy bien de hablar en esa sublime jerga á que ustedes los metafísicos llaman lenguaje *científico*: procuré, hasta donde es posible, tratándose de los más trascendentales problemas de la filosofía evolutiva y sintética, darlos á conocer con ese lenguaje á que vd. llama declamatorio.

Y, si viera vd. qué buenos resultados me ha dado en la práctica ese estilo que á vd. le espeluzna. Si viera vd. cómo ante la razón sencilla de muchos de mis adeptos ha caído rodando al cieno del pantano el *mito soberano*. Si viera vd., cómo han llegado á ver en toda su escuálida desnudez á vdes., á los que tan hinchados y tan grandes veían antes, creyendo que sus vanas palabras cabalísticas envolvían sabiduría: hoy saben que solo envuelven candorosidades y sandeces. Si viera vd. cómo un septuagenario anciano que toda su vida la había pasado en el culto católico y que á su familia la había educado con el rigor de la disciplina romana, se tornó naturalista consumado después de que leyó mi

obra; si todo esto viera vd., comprendería por qué estoy amarteladísimo con mi estilo *declamatorio, odioso, insolente y petulante*, como vd. le llama, en momentos de noble y caritativo amor seráfico, y en los momentos sublimes de arranques kardecianos. Aseguro á vd. que en cuantas obras siga yo escribiendo, me prometo no dejar mi estilo, mal que le cuadre á cualquier *magistral* y furibundo crítico, como vd.

Por otra parte, me dije al escribir mi sistema: los señores metafísicos, que son unos *maravillosos pensadores*, sabrán sacar de la exposición sencilla el fondo trascendental de mis proposiciones. Pero, he aquí que la ciencia de esos señores salió *huera*, y que cuando no leen en el *libro de su casa*, ó no saben leer, ó creen encontrar puras frases declamatorias que *divierten*—sí y de lo lindo—mas no convencen, y no saben otra cosa que concertar sutilezas y sofismas fulleros para ganarse *partidas de amor propio*. Aquí se me permitirá en honor á la justicia, recordar que en todo asiste la excepción, que afirma y que justifica la regla general, con la cual mido á mi doctísimo crítico.

Queda vd., pues, obsequiado en el deseo que manifesté de que le diera á conocer cuál es la noción que tengo adquirida con relación á lo absoluto. Lo repito, en mi sistema podía vd. haberlo conocido, si su *ausente amor propio* no le hiciera ver en mis escritos otra cosa que declamaciones. No tengo la esperanza de que aquí deje de ver lo mismo,—máxime cuando lo he divertido tanto en estas cartas—pues sobradamente conozco cuál es la clase de amaurosis que le ha venido en esta vez; pero abrigo la esperanza de que haya quie-



nes no sufran esa enfermedad de que vd. adolece y de la cual deseo sinceramente sane pronto.

¡Ojalá y su espíritu protector se apiade de vd. y triunfe sobre el espíritu de obsesión!

Puede vd. creer que todas aquellas impugnaciones que reconozco plenamente no entrañan fondo trascendental que pudiera dañar el ideal de verdad que persigo, me enoja y me fastidia el tenerlas que contestar; pero, aunque todo espíritu sensato é imparcial dará á esas impugnaciones el valor que en sí tienen, no quiero que se extravíe el criterio de aquellos espíritus, que ignorantes de las dos fases que ofrece la crítica—la que está guiada por la sabiduría y por el noble afán de velar por los fueros de la verdad y de la justicia, y la que traidora y aleve, armándose con el dicerio, con la sutileza y el sofisma, cumple á los designios de odiosa y bastarda pasión—creen que la crítica, con solo serlo, ya es fundada y legítima. El vulgo, que en cuestiones trascendentales no puede reconocer dónde está el sofisma y la sutileza, sí comprende dónde está la perfidia á la vez que ciertas pasiones, cuando se le señalan prolijamente; máxime si al hacerlo se emplea estilo un tanto humorístico, que es el único que le puede hacer dedicar su atención hacia los estudios trascendentales. Por tal medio irán de lo conocido á lo desconocido, pues al advertir que el crítico deja ver su torpeza y su perfidia, no le merecerá confianza.

Yo comprendo bien que mi voz deja asomar á través del festivo humorismo, la amargura de mi alma; pero, ¡cuán diferente es esta amargura á la que vd. desborda en su crítica!

Mi sufrimiento no es el que engendra la vanidad ultrajada. ¡No! mil veces no!

Quien se halle ávido de respirar un instante las puras y apacibles auras de dulce paz y de fraternal amor; quien anhele la redención del hombre por el hombre mismo; quien muera de angustia al volver en torno de sí la vista, y contemple por todas partes la ebullición odiosa de nefandas pasiones, envueltas con el sarcástico y sandio manto de hipócrita piedad divina; quien con alma conmovida mire la estúpida faz de la ignorancia; quien contemple apenado que el hombre busca su redención, murmurando vanas plegarias de estampilla, lanzadas á los vientos; quien escuche con ánimo doliente la estridente carcajada del Sátiro en presencia misma del grito ahogado por el llanto de amarguísimos dolores; quien contemple á la humanidad detenida en su camino, frente al altar de un mito; quien vea á la pasión refrenada por un espantajo, digno sí de las tribus bárbaras, mas no de un pueblo racional, que alumbrado por la ciencia, habría de amar el bien por amor á las bellezas que en sí engendran los hechos de la virtud sublime; quien todo esto juzgue, con honda pena y torturador martirio, comprenderá la intención que guía mis esfuerzos: ya que estos se manifiesten con la voz de la razón auxiliada por mi pobre ciencia; ya que se traduzcan con la vehemencia y la energía que arranca la presencia de lo monstruoso; ya con la sátira y la ironía que desea tornar serio al *clown* ridículo, ó bien fustigar la presunción de vano, hinchado y risible magisterio.